

EN TORNO A «MIS PRIMERAS CREENCIAS»

Jaime REQUEIJO

La conciencia humana es un arco voltaico polarizado entre realidades y creencias, entre un mundo externo que se nos aparece y una escala de valores que vamos creando y recreando, a lo largo del tiempo, a partir de unas ideas heredadas, de una reflexión personal que se mezcla con dichas creencias, y a veces las transforma radicalmente, y de una experiencia que introduce matices en la escala de valores. Es, pues, un fluido psíquico necesariamente cambiante porque también lo son los dos polos que le dan vida: las realidades exteriores se modifican —a veces por el simple hecho de cambiar de entorno— y las creencias evolucionan, bien por metamorfosis, bien por autofagia.

La obra de Keynes el economista, por conocida que sea, requiere, para alcanzar su verdadera dimensión, conocer a Keynes el hombre, lo que no puede realizarse sin efectuar un viaje, por lo menos un breve viaje, a su mundo personal y a sus creencias.

El trabajo de Robert Skidelsky, que se publica en este mismo número de PAPELES DE ECONOMÍA ESPAÑOLA, permite calibrar, en buena medida, el entorno social en el que Keynes se mueve. Keynes procede de una familia de la burguesía intelectual, asentada en Cambridge, de una familia liberal, abierta pues a todas las corrientes de pensamiento, y de una familia situada en la cumbre intelectual de la cúspide política del mundo: la Gran Bretaña de finales del siglo XIX y principios del XX. Una familia, pues, para la que todo era posible, si se seguía el camino adecuado, el camino que Maynard Keynes recorría con pleno éxito: Eton y Cambridge. Cambridge era, por aquel entonces, un hervidero de ideas que surgían y resurgían de sus varios clubs de debate y opinión. En uno de ellos ingresaría Keynes

poco después de su llegada a la universidad: «Los Apóstoles». Allí conocería, entre otros, a George Moore, cuyos *Principia Ethica* condicionarían la mentalidad y actos de muchos de los pertenecientes a esa generación intelectual. Pero los debates, la comunicación continua, el sentimiento de grupo, la esgrima dialéctica emanarían también de otro club, londinense esta vez, pero con grandes raíces en Cambridge, del que Keynes sería animador continuo: Bloomsbury.

Un club de opinión iniciado por las señoras Stephen, las que más tarde serían Vanessa Bell y Virginia Woolf. En compañía de ese selecto grupo (Apóstoles y Bloomsbury), en el que predominaban los artistas, Keynes iría forjando su particular escala de valores. Para darlo a conocer, para facilitar la comprensión de Keynes el hombre, publicamos aquí su propia reflexión sobre la misma, un trabajo leído en 1938 en el Memoir Club de Bloomsbury y titulado, con toda razón, «Mis primeras creencias».

¿Sobre qué bases se van formando esas creencias tempranas de Maynard Keynes, interesado mucho antes por la filosofía que por la economía?

La generación de Keynes, que vive, en estos primeros años del siglo XX, el cambio de la sociedad victoriana, de rígidas costumbres, a la sociedad de Eduardo VII, mucho más cosmopolita, no se siente atraída por el código de conducta victoriano. Un código de conducta que pivota sobre dos reglas básicas: firme apoyo a la autoridad de toda una serie de instituciones tradicionales: familia, iglesia, leyes de honor, entre otras; mucha mayor confianza en esas instituciones que en los propios juicios. Es, pues, la de Keynes una generación

que rompe con las reglas anteriores pero que, sin embargo, no reniega de las creencias; al contrario, las necesita y las busca. Es una generación no creyente, en el sentido estricto del término, que requiere de un asidero moral, y ese asidero se lo va a proporcionar la filosofía de Moore.

A partir de un declarado escepticismo —el conocimiento es imposible— Moore ofrece unas reglas morales enmarcadas por cuatro principios. El bien, en primer lugar, no es definible porque escapa a cualquier calificación objetiva; sólo puede ser aprehendido directamente, de forma intuitiva. Lo único que, por sí mismo, tiene valor son los buenos estados psíquicos, de entre los que destacan los placeres de la comunicación humana y el disfrute de los objetos bellos. Este segundo principio antepone lo contemplativo a la acción y da paso a un tercer elemento del código moral que permite enlazar pensamiento y acción: los estados psíquicos son preferibles a la acción, que nunca es intrínsecamente buena salvo cuando tiene por meta alcanzar buenos estados psíquicos. Los mejores estados psíquicos, según el cuarto principio de Moore, denominado de «unidad orgánica», están formados por totalidades complejas cuyo valor excede el de la suma de las partes, principio que permite agrupar situaciones sin valor (por ejemplo, acciones personales) y situaciones válidas (buenos estados psíquicos) para lograr estados psíquicos de orden superior.

La doctrina de Moore rechaza, por tanto, la búsqueda de la utilidad social (utilitarismo de Bentham) y la moral convencional (victoriana) y debe comprenderse, como señala Skidelsky (1), en tanto que reacción frente a un orden victoriano ya caduco y como promesa no de un nuevo experimento social sino de nuevas formas de vida.

El código de conducta de Moore va a producir, en Keynes y su grupo, una serie de reacciones que el propio Keynes menciona. Por una parte, produce alegría pue-

to que facilita las reglas en las que se puede creer: la influencia de las ideas de Moore es, pues, «apasionante, estimulante, el principio de un renacimiento, la puerta de un nuevo paraíso en una nueva tierra, éramos los precursores de un nuevo evangelio, no teníamos miedo a nada». Por otro lado, existe, por lo menos en teoría, un desinterés por los logros materiales, al que también Keynes hace referencia expresa: «la riqueza, el poder, la popularidad o el éxito nada nos importaban y eran absolutamente despreciados». Lo que de verdad importaba al grupo era, de conformidad con la ética de Moore, lograr esos estados psíquicos positivos que, de alguna forma, se acercan al ideal monástico puesto que se huye de los sentimientos placenteros por considerarlos sospechosos. Finalmente, y como necesaria consecuencia de esa actitud vital, surge un acusado individualismo: no hay por qué sentirse preso de las convenciones y reglas sociales, cada cual debe juzgar por sí mismo cada caso, no hay razón para obedecer las normas que se consideren inadecuadas o irrelevantes. «En el sentido estricto del término, éramos —dirá Keynes— inmorales». En el fondo de ese individualismo late, además, la confianza en la racionalidad del comportamiento humano y en la posibilidad de desligar al hombre de toda una serie de trabas sociales.

Hay, en «Mis primeras creencias», una referencia al cálculo de probabilidades y la conducta individual que merece un comentario aparte. Para Moore, esa conducta debe perseguir el propio bien, siempre que exista una probabilidad razonable de que, al actuar en búsqueda del beneficio individual, se aumente el bienestar del universo o, por lo menos, no se disminuya. Dado que no resulta nada fácil prever las consecuencias remotas de los propios actos lo mejor es, por lo general, seguir las reglas de moralidad prevalecientes. Keynes, sin embargo, va a recorrer un camino distinto al de Moore en busca de una teoría de la probabilidad que permita hacer menos in-

cierto el futuro, una teoría no frecuencial que no pretenda afirmar que un determinado suceso debe producirse con mayor frecuencia que otro; de ahí que propugne una teoría probabilística basada en la información disponible. No se trataría, por lo tanto, de calcular las frecuencias posibles de los sucesos sino de ponderar adecuadamente la información con que se cuenta para facilitar la previsión; la teoría de la probabilidad examinaría, por lo tanto, la coherencia lógica entre datos y resultados, ampliando, de esa forma, el horizonte de la conducta individual. Es posible, pues, a través de ese análisis lógico, engarzar los actos egoístas con el bien común, buscar el éxito personal y el florecimiento de la sociedad en su conjunto. De ahí que, a juicio de Skidelsky, la economía keynesiana deba considerarse, sobre todo, una contribución a la ciencia política.

Estas son las creencias del joven Keynes y de su grupo de amigos, unas creencias que les van a alejar del utilitarismo de Bentham y de lo que, a los ojos de Keynes, supone su versión extrema: el marxismo; pero creencias que también les van a alejar de la sociedad y de sus problemas y de su multiforme riqueza. No hay que olvidar que Keynes analiza esas creencias, y las de su grupo, desde la altura de los cincuenta y cinco años, cuando sus propios valores han cambiado; se trata, pues, de una reflexión crítica, de la valoración hecha por alguien cuya vida personal ha discurrido por otros cauces, cuyas obligaciones sociales y políticas le han llevado no a distanciarse de la sociedad de su época sino a actuar sobre la misma, del viaje a las ideas juveniles de un distinguido miembro del estrato superior de la sociedad inglesa. Por eso señalará, al final de sus memorias, «me parece ahora que éramos tejedores, deslizándonos grácil y levemente sobre la superficie del agua, sin contacto alguno con sus profundos remolinos y corrientes». «Mis primeras creencias» es, por lo tanto, una meditación, llena a veces de referencias per-

sonales, sobre un sentir y una época que aparecen, en ocasiones, distantes pero sin las cuales no es posible identificar el otro polo del arco voltaico keynesiano.

NOTA

(1) *John Maynard Keynes, Hopes Betrayed 1883-1920*, Macmillan, Londres, 1983. Los comentarios aquí incluidos siguen muy de cerca el capítulo 6 de este trabajo.